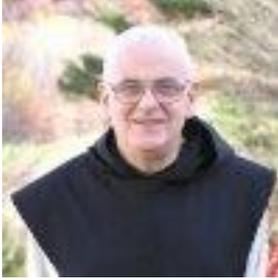


## **LA PALABRA SE HIZO TEXTO Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS. La escucha oblata en el mundo.<sup>1</sup>**



**por Michael Casey OCSO**

### **“De manera que en todas las cosas sea Dios glorificado” (Regla de San Benito)**

Todas las veces que recitamos el Ángelus, decimos el solemne verso del prólogo del cuarto Evangelio: “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”. Esto se refiere, por supuesto, a la eterna Palabra de Dios encarnándose y así, comenzando a existir y a actuar en la humana naturaleza que había asumido. Es decir, en los estrechos límites del espacio y del tiempo. La Palabra estaba presente y activa, pero en forma inmediata, solamente en un lugar, y existiendo de momento a momento. La Palabra dadora de vida, imagen del Dios invisible, se hizo carne en una etapa histórica y en un lugar geográfico único. La Palabra infinita y eterna que habita en una luz inaccesible se hizo accesible en el espacio y el tiempo. Así pudimos oír, ver con nuestros ojos, y tocar con nuestras manos, el misterio que había estado escondido de la percepción humana durante las edades anteriores.

Llegar desde la fe a la Palabra encarnada no solo nos salva, sino que nos hace compartir la divinidad. Llegamos a ser por la fe todo lo que es Cristo por naturaleza. El propósito de la encarnación de la Palabra es nuestra divinización: “de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia”.

Este maravilloso intercambio, por el cual se unen la divinidad y la humanidad, es el verdadero corazón y la sustancia de la fe cristiana. Aún más, de una manera igualmente maravillosa, esto se reproduce cada vez que abrimos nuestros corazones y nuestras vidas a la Palabra de Dios. La Palabra llegó a encarnarse en el contexto de nuestra humanidad limitada al tiempo.

La Palabra habló, no en forma abstracta, sino en los confines de nuestra limitada existencia terrenal, de tal manera de llegar a estar condicionada por el lugar y el tiempo en el cual vivió. Jesús habló arameo con acento galileo porque fue solamente así que sus oyentes pudieron comprender lo que él estaba diciendo.

---

<sup>1</sup> III Congreso Mundial de Oblatos Benedictinos, Roma, 4 al 10 de octubre 2013

En la Encarnación, la infinita y eterna Palabra se “abrevió” para adaptarse a la limitación humana, ahora él todavía nos habla en términos humanos, respetando nuestra pequeñez<sup>1</sup>. La Palabra nos es hablada a nosotros como nosotros somos, donde nosotros estamos. Aún cuando nuestras vidas pertenecen a una época diferente y una diferente región, la Palabra continúa hablándonos. Para nosotros también puede decirse: “La Palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón” (Rom. 10:8; Deut. 30: 12-14).

Aquellos a quienes Jesús habló en forma directa recibieron la tarea de proclamar la Buena Noticia a todas las naciones, hasta el fin de los tiempos. Por el poder del Espíritu Santo fue creada una poderosa conmemoración de la Palabra, una *anamnesis*, la cual podría ser transmitida de generación en generación, primero en forma oral, y luego por escrito. Así que en cierto sentido puede decirse que “**la Palabra se hizo texto y habitó entre nosotros**”. La Palabra de Dios, dadora de vida, se sometió a un vaciamiento más (*kenosis*) y se presenta como signos en una página; palabras sagradas recibidas, transmitidas, interpretadas, traducidas – sujetas a miles de vicisitudes – pero aún mediando misteriosamente el poder del Espíritu Santo para llevar a la vida a las letras y las almas muertas.

La lectura de estas palabras se vuelve *lectio divina* solo mediante la operación del Espíritu Santo experimentada en nosotros como el don de la fe. Sin al menos una fe incipiente, leer las Escrituras es solo un mero ejercicio académico o informativo. La fe viene de la escucha, de la recepción de la Palabra, ya sea directamente a través de las Escrituras o en forma mediata. Este regalo fundamental de la gracia atraviesa cinco estadios antes de completarse.

- a) Primero, **experimentamos** algo del poder afectivo intrínseco en estas palabras escritas, y esto tiene un poderoso impacto en nosotros. Nos sentimos fuertemente sumergidos más allá de nuestra esfera normal de pensamiento, y así, llevados a un deseo de profundizar más; escuchamos esas palabras de Jesús como dirigidas también a nosotros: “Ven y verás” (Jn 1,39).
- b) Segundo, de alguna manera, se abren nuestros ojos y vislumbramos la gloria del mundo espiritual que es invisible a nuestros sentidos. Experimentamos **iluminación**. Es este aspecto de la fe que es destacado en la encíclica papal *Lumen fidei*.
- c) Tercero, somos empoderados para dar nuestro asentimiento a lo que nos ha sido revelado. Este es el momento central y esencial de la fe. Por este acto decimos “Amén” a Dios, y a todo lo que la providencia de Dios ha dispuesto.
- d) Cuarto, sintiendo instintivamente que “la fe sin obras está muerta” tratamos de traducir lo que hemos visto en la montaña a la acción cotidiana, de modo que no haya inconsistencia entre lo que leemos y lo que hacemos. La iluminación y la fe aceptada se convierten en **una práctica**.

- e) Quinto, la fe significa fidelidad: solo es auténtica la fe que se caracteriza por la **perseverancia**. Nuestro cumplimiento de la Palabra es activo a través del curso de nuestra vida y solo llega a su perfección al final.

Nuestra lectura llena de fe de la Palabra de Dios llega a ser el fundamento de toda nuestra vida espiritual. Nos proporciona un canal por el cual podemos estar en contacto con el mundo espiritual y continuamos animados por esta continua conexión. Es una fuente de instrucción e iluminación. Nos lleva a dar un consentimiento real y no solo teórico al plan de salvación de Dios. Guía nuestra vida diaria y nos apoya a través de nuestra vida. La *lectio divina* no es un asunto trivial. Es, como hemos dicho, la fuente y el apoyo de toda nuestra vida espiritual.

La práctica de la *lectio divina* es una actividad estructural de la tradición que emana de la Regla de San Benito; es el corazón y el alma de lo que se ha llamado la “espiritualidad benedictina”, pero no es eso exclusivamente. Como nos recuerda la exhortación apostólica *Verbum Domini* del Papa Benedicto, la *lectio divina* es un elemento esencial en la vida y la misión de la Iglesia. Es más que meramente una práctica piadosa. Es importante que no perdamos de vista el profundo significado teológico de este ejercicio. Normalmente leemos por información o por entretenimiento – la lectura es un medio para un fin. Hay, sin embargo, un aspecto casi sacramental de la *lectio divina* que va más allá de lo que le dedicamos de esfuerzo, ingenuidad o entrega. Es un encuentro salvífico con la Palabra, en el cual Dios es el principal agente. En un cierto sentido, cuando entramos al espacio sagrado de la *lectio divina*, la Palabra se hace carne nuevamente, nuestro Emanuel, viviendo con nosotros en el espacio y el tiempo, en **nuestro** espacio y tiempo, nos habla, nos energiza.

San Benito nos recuerda la contemporaneidad de la Palabra en aquel pasaje bien conocido del Prólogo de su Regla.

Y con ojos bien abiertos a la luz divinizante, y con asombrados oídos, escuchemos la voz de Dios clamando **cada día** y exhortándonos. “**Hoy**, si oyen la voz de Dios, no endurezcan su corazón”. Y nuevamente, “Que el que tiene oídos para oír, que escuche lo que el Espíritu le dice a las iglesias”. (RB Prólogo, 9-11)

Estamos, quizás, familiarizados con el presente de la liturgia. Hoy, Cristo ha nacido. Hoy, Cristo ha resucitado. Hoy, Cristo asciende al cielo. En nuestras celebraciones litúrgicas no estamos simplemente conmemorando eventos salvíficos pasados, sino actualizándolos, activándolos, haciéndolos presentes y accesibles hoy.

Estamos entrando en el proceso de la salvación. La economía intemporal de la salvación está siendo cumplida hoy para nuestro beneficio.

La práctica de la *lectio divina* es una prolongación de la recepción de la Palabra proclamada en la liturgia. De un modo parecido al de la liturgia, cuando recibimos la Palabra de Dios en la *lectio*, es como si Dios nos estuviese hablando hoy directamente. No es solo una palabra inspiradora del pasado que aún tiene el poder de tocarnos, de guiarnos y conducirnos a un bien vivir. Es la Palabra única y empoderante de Dios, dirigida a nosotros en este momento y en esta situación en la que nos encontramos.

Esto es más que simplemente leer: Dios está trabajando en nosotros. El Espíritu Santo está tan activo en nuestra recepción de la Palabra inspirada como lo estuvo cuando fue escrita originalmente. Esta es la razón por la cual San Jerónimo escribió: “No podemos llegar a una comprensión de las Escrituras sin la ayuda del Espíritu Santo que las ha inspirado”.<sup>ii</sup>

La *lectio divina* es una lectura **transaccional**. No es meramente la absorción pasiva de información valiosa. “La Palabra de Dios es viviente y activa, más aguda que una espada de doble filo, que penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las articulaciones y la médula, y discierne los sentimientos y pensamientos del corazón” (Heb. 4:12).

La *lectio divina* es un deporte de contacto, es como Jacob luchando toda la noche con un ángel (Gén. 32: 22-30). En cierto sentido, siempre estamos en desventaja. La Palabra de Dios rompe toda pretensión o defensa detrás de las cuales podamos escondernos, y nos llama a ir más allá de nuestra zona de comodidad y a aceptar el desafío de vivir como Cristo vivió, de ser la presencia de Cristo en un mundo que, lo sepa o no, desea su venida.

Si consideramos el relato de Lucas sobre la Anunciación, vemos ilustrado cómo procede esta transacción. El ángel Gabriel viene trayendo la Palabra de Dios. El resultado es una perturbación y un diálogo interior sobre qué significará el mensaje. Parece que María experimentó un miedo incipiente ante la proximidad del misterio y necesitó ser tranquilizada. Aún luego que el ángel explica, María encuentra preguntas que se le presentan en sus pensamientos y que buscan un significado más comprensivo. Solo entonces María alcanza el punto de la entrega a la divina providencia en su respuesta: “Hágase en mí según tu palabra”.

La palabra salvadora de Dios es infinita y final, pero nosotros mortales tenemos que trabajar para llegar al punto de completa aceptación. La *Lectio divina* no es una suave ingestión de alimento espiritual, sino una lucha llena de temor con las demandas absolutas que traen las Buenas Noticias. La proclamación del Evangelio nos precipita en lo que el cuarto Evangelio llama *crisis*, el momento de decisión. Como San Pablo recuerda a los corintios, “Dios es fiel, y la palabra que les decimos no es “Sí” y “No”” (2 Cor. 1:18). La Buena Noticia constantemente nos llama a pasar de la ambigüedad y las componendas a un consentimiento incondicional con lo que ha sido revelado.

Para la mayoría de nosotros, esto no es algo que logramos inmediatamente ni sin una prolongada resistencia. Como el mismo Pablo, sabemos que es patear contra el aguijón (Hechos, 26:14).

Hay algo salvaje e impredecible en la genuina *lectio divina* que necesariamente frustrará todos nuestros esfuerzos para mantener el control, o para canalizar sus energías. El esquema de cuatro pasos de Guigo el cartujo (*lectio, meditatio, oratio, contemplatio* = *lectura, meditación, oración, contemplación*) es mal interpretado cuando se lo lee como un método paso a paso para llegar a la contemplación.<sup>iii</sup>

Hay una cierta secuencia lógica en los pasos que Guigo enuncia, pero experiencialmente, la forma en la cual interactúan los diferentes momentos del proceso es más bien circular que lineal. Y no hay garantía que comenzando con la *lectio*, se pasará necesariamente en una particular sesión a la contemplación.

Como es evidente en las narraciones sobre Antonio de Egipto, Agustín y otros, las Escrituras con frecuencia juegan un papel para precipitar tan radical cambio en los horizontes perceptuales que producen una conversión. El libro de las Escrituras debería tener una advertencia, sobre que leerlo puede resultar peligroso para nuestra complacencia. En realidad, la gran gracia a pedir cada vez que abrimos la Biblia es la gracia de dudar de nosotros mismos. Verdaderamente, para escuchar la Palabra de Dios necesitamos demoler la pared de falsa seguridad con la cual nos protegemos de los desafíos del Reino. Con frecuencia recuerdo el incidente donde el profeta Natán confronta al Rey David después de su adulterio y asesinato. Él le relata una historia ante la cual el rey reacciona con predecible rectitud. Y entonces, irguiéndose completamente y apuntando con un dedo acusador, el profeta clama: “ese hombre eres tú” (2 Sam. 12:17). De modo similar, nos sucede que, al leer un fragmente familiar de la Escritura y responder en nuestra forma habitual, de pronto una palabra salta de la página y nos golpea. Como las muchedumbres que oyeron predicar a San Pedro, somos atravesados en nuestro corazón (Hechos 2:37). Así es como obra la *lectio divina*. La Palabra nos hiere con la gracia de la compunción. A través de la tradición monástica, encontramos un vínculo entre *lectio* y *compunctio*. Sin compunción, la lectura es meramente un ejercicio informativo.

Para describir la actitud que necesitamos tener al aproximarnos a la Palabra de Dios, la tradición benedictina usa términos como *asiduidad*, *diligencia* y *solicitud*. Necesitamos estar alertas y atentos para captar cada matiz de los enunciados divinos. Esto significa, dejar que la espada de dos filos penetre la dura cáscara de los hábitos que nos protegen del claro significado del texto que estamos considerando. Con demasiada frecuencia miramos el texto que vamos a leer y concluimos que ya nos resulta familiar su contenido, preparándonos entonces a reaccionar en nuestra forma habitual. Lo que estamos haciendo es proyectar sobre el texto el sentido al cual ya hemos llegado previamente, en vez de permitir que el texto nos hable con su propia voz. Esto es “egogesis”, no “exégesis”, “leer desde nosotros”, no “leer desde el texto”. Hemos dejado de escuchar, y estamos preparados para oír solo lo que concuerda con lo que ya hemos aceptado. En tal proceso no hay sorpresas y así, nuestras vidas permanecen sin cambio, sin evangelizar.

A partir de la reverencia por el texto inspirado, necesitamos prestar seria atención, no solo a su sentido esencial, sino a cada palabra, cada frase, cada oración. Necesitamos leer lentamente y reflexionar sobre cada palabra. La *lectio divina* funciona en forma similar a pintar una pared. Vamos hacia adelante y hacia atrás sobre la misma área, asegurándonos que ninguna parte sea descuidada, moviéndonos hacia adelante muy lentamente. Y al siguiente día volvemos y cubrimos la misma área con una segunda capa.

Con frecuencia sucede que lo que no nos dimos cuenta en una primera lectura, se vuelve evidente en un segundo o tercer encuentro. Esto ocurre porque lentamente,

estamos profundizando en el texto más allá de sus significados obvios y superficiales, que percibimos cuando comenzamos a leer.

Al prestar plena atención a cada fragmento del texto, necesitamos mover nuestra lectura a la esfera oral/auditiva, no solo explorando las palabras impresas con nuestros ojos sino también formando suavemente las palabras con nuestros labios y escuchándolas con nuestros oídos. Vocalizar el texto al leer, ciertamente reduce nuestra velocidad. También nos permite captar las cadencias poéticas en las cuales se expresa el lenguaje bíblico. Decirnos las palabras silenciosamente a nosotros mismos, no solo nos permite captar ciertas sutiles alusiones del texto, sino que las incrusta más efectivamente en nuestra memoria de manera que nos resulta más fácil recordarlas en el transcurso de nuestro día de trabajo. ¡Así, la *lectio divina* se convierte en un evento multimedial!

Inevitablemente, encontraremos mucho en el texto sagrado que no permite una comprensión rápida ni una inmediata aplicación. Cuando esto ocurre, tenemos que permanecer con el texto hasta que comienza a producir algún destello de luz. Instintivamente comenzamos a buscar un significado más expansivo, el “sentido pleno”. Cuando la fe interactúa con un texto, con frecuencia ve más en él que lo que intentó el autor. La parte se vuelve más comprensible cuando es interpretada en el contexto total de la revelación, y dentro del plan total de la salvación. Las personas iluminadas por la fe escuchan resonancias dentro de sus corazones que no pudieron ser vislumbradas por los autores sagrados pero que son verdaderas respuestas a la Palabra de Dios en el aquí y ahora.

Documentos recientes del Vaticano se esforzaron en defender la autenticidad de lo que se conoce como el “sentido espiritual”.<sup>iv</sup> Desde los tiempos de Orígenes de Alejandría, el sentido de las Escrituras se ha comprendido como en cuatro corrientes, como los ríos del Paraíso (Gen. 2: 10). En la base se encuentra el **sentido literal o histórico**.

Luego, cuando la Palabra brilla en nuestra inteligencia y en nuestra memoria, mejora nuestra comprensión de los misterios de la fe asociándola con lo que ya creemos. Este vínculo poético del texto y la imaginación creativa, explora y expande el contenido de la fe. Es conocido como el **sentido alegórico**, y con frecuencia asumió un fuerte carácter cristológico.

En tercer lugar, cuando la Palabra impacta en nuestras conciencias, eleva nuestra conciencia práctica de lo que es correcto y lo que no lo es, y se manifiesta en la conducta, o **sentido moral**.

En cuarto lugar, la Palabra también enaltece nuestra esperanza, levantando nuestros corazones y espíritus hacia Dios, y así hace nacer la oración. Esto se denomina **sentido analógico**. La *lectio divina* fortalece la fe, guía la conducta y nos conduce hacia la oración.<sup>v</sup>

Hay, claramente, un aspecto interactivo en la *lectio divina*. Desempeñamos un papel al dar forma a lo que oímos cuando Dios habla. De acuerdo a un axioma de la filosofía escolástica, “Lo que se recibe, se recibe de acuerdo a la medida del que recibe”.

Esto significa que somos capaces de captar la Palabra de Dios, no en su eterna totalidad, sino solamente en tanto ella nos habla a nuestra experiencia actual como individuos y como comunidades. Oímos solamente lo que necesitamos oír. Lo que oímos se aplica a nosotros: no necesariamente se aplica universalmente.

Así, la experiencia provee una clave interpretativa para captar lo que leemos. Los cistercienses del siglo XII solían hablar del “libro de la experiencia”.<sup>vi</sup> Es como que ellos imaginaban al lector como teniendo un libro en cada mano: en una, el libro de texto; en otra, el libro de la experiencia. La experiencia personal era vista como la matriz para llegar a una comprensión más profunda de lo que estaba escrito y, por otra parte, el texto ayudaba al lector a captar el sentido de la experiencia. El proceso de lectura es como mirar el ida y vuelta de un partido de tenis: del texto a la experiencia al texto a la experiencia, hasta que es lograda alguna “fusión de horizontes”.<sup>vii</sup> Leemos la Biblia con la particularidad de nuestra propia situación y es esta particularidad la que hace única nuestra lectura. Nuestra propia vida y nuestro mundo se combinan con el texto inspirado para producir un mensaje que aplica la revelación a la realidad en la cual vivimos y nos movemos y existimos.

Es este elemento interactivo en la *lectio divina* lo que asegura que no es solo el medio por el cual la divina revelación se abre a nosotros, llegando a ser también un agente en el conocimiento literario espiritual. Así, la *lectio divina* es no solo una fuente de conocimiento de Dios; nos conduce a un conocimiento de nosotros mismos más profundo y comprensivo. Esta es la razón por la cual San Atanasio habla de la Escritura como un espejo en el cual nos podemos ver a nosotros mismos más claramente.<sup>viii</sup>

La fuerza de este enfoque de la *lectio divina* es que actualiza la Palabra de Dios.<sup>ix</sup> Nos involucramos con ella no solamente a un nivel racional sino también afectivamente y por lo tanto, tiene poder para motivarnos a una mejor forma de vivir y a una más profunda atención plena hacia Dios, dentro del contexto de nuestra propia situación de vida. La debilidad del enfoque es que está abierto al subjetivismo, por lo cual los lectores no son desafiados sino simplemente confirmados en sus propias convicciones, de manera que sus prejuicios son reforzados y sus puntos ciegos quedan en la oscuridad.

Esta es la razón por la cual los fanáticos religiosos y los fundamentalistas pueden citar las Escrituras en apoyo de sus propias creencias extremas y, algunas veces, justificando sus acciones, que se oponen criminalmente a los ideales cristianos.

Para preservarnos del peligro del subjetivismo nunca debemos perder contacto con el texto – el sentido literal del cual todos los otros sentidos dependen. Esto quiere decir que debemos permanecer regresando al texto para estar seguros que el sentido que hemos extraído está al menos contenido implícitamente en él. Tenemos que estar abiertos a la corrección.<sup>x</sup> Esta es la razón por la cual se sugirió antes que oremos para pedir la gracia de dudar de nosotros mismos. Si estamos demasiado seguros de

nosotros mismos, nunca nos convertiremos. Es en el proceso de una sintonía fina de nuestra interpretación que nuestra apreciación del sentido del texto se agudiza y, por lo tanto, se vuelve más potente para motivar nuestro comportamiento.<sup>xi</sup>

Un indicador más de la autenticidad de nuestra lectura es la calidad de nuestra vida. “Por sus frutos los conocerán” (Mt. 7:16). “Conviértanse en practicantes de la Palabra, y no se contenten con oírla, engañándose a sí mismos” (Sant. 1:22). La calidad de nuestra *lectio divina* se discierne en nuestro comportamiento diario. Nunca entraremos al nivel más profundo de las Bienaventuranzas solamente meditando, reflexionando y orando sobre ellas. Descubriremos la plena extensión de su significado y apreciaremos su belleza solamente aplicando con energía esta sublime enseñanza en nuestra vida cotidiana, e intentando poner en práctica los preceptos del Señor.

Esta obediencia en la fe a lo que hemos leído no es, de ningún modo, automática. Demanda sinceridad en la lectura, claridad en percibir cómo puede ser aplicado lo que leemos, y fortaleza para sobreponernos a nuestra habitual inercia y timidez. La lectura existe en función del cambio de nuestras vidas.<sup>xii</sup>

Leemos como individuos, y desde las Escrituras extraemos un mandato personal, pero somos, en nuestro mejor momento, animales sociales viviendo una existencia corporativa. Somos miembros del Cuerpo de Cristo, compartimos la vida de la Iglesia. Pronto descubrimos que la energía que obtenemos de nuestra *lectio divina* no es solo para nuestro propio beneficio, es también para servir al pueblo de Dios. A través de las Escrituras, el Espíritu Santo inspira y empodera a gente diversa a tomar diferentes misiones para edificar el Cuerpo de Cristo. Nuestra recepción de la Palabra nos llama potencialmente a una misión profética. Aquí nos podemos involucrar en diferentes trabajos, conducidos por diversas luces y aún así, permanecer en comunión es una indicación que la gracia está obrando en nosotros, reconciliando el mundo con Dios y continuando el trabajo de santificación de Dios. Hay una dimensión eclesial en la *lectio divina* que puede servir no solo para el discernimiento, sino también como incentivo para perseverar, cuando la práctica se vuelve problemática.

Como miembros del Cuerpo de Cristo estamos llamados a redimir los tiempos en que vivimos (Ef. 5:16). Lo hacemos, no embarcándonos en una cruzada conducida por el ego, para traer al mundo hacia nosotros en conformidad con nuestros ideales, sino para soltar nuestros propios principios inventados y para permitir ser transformados por la Palabra.

Reformar el mundo comienza con una pasividad, una receptividad, una obediencia de corazón abierto a la Palabra de Dios, de la cual deriva una voluntad de hacer de nosotros mismos el primer objetivo de nuestro celo reformista.

Una esfera especial en la cual los cristianos de hoy estamos llamados a llegar a ser proféticos es dar vuelta lo que el Superior General de los Jesuitas, P. Adolfo Nicolás, llamó el mayor problema de nuestro tiempo: “la globalización de la superficialidad”.<sup>xiii</sup>

La sociedad occidental ya no clama por justicia, sabiduría o paz internacional. En lugar de eso, desea y demanda entretenimiento. El ciclo de noticias durante las 24 horas nos

invade con detalles triviales. La vida de las “celebridades” y sus patéticos twiteos llegaron a ser el punto focal de interés para cientos de miles de sus atontados seguidores. El hecho es que los multimedia, especialmente Internet, ofrecen los medios para que la gente hasta ahora pensante “se deslice confortablemente en un permanente estado de distracción que define la vida online”.<sup>xiv</sup>

Para usar una terminología platónica, “la opinión” es más vendible que “el conocimiento”. La civilización occidental está en camino de convertirse en un lugar disfuncional, sin sentido.

La clase de entretenimiento que ofrecen los multimedia puede parecer diversión que no daña, pero no deberíamos dudar que cuanto más nos exponemos a la influencia de estos órganos sociales de comunicación, más creencias y valores son modelados de acuerdo a principios extraños al Evangelio. Una guerra de desgaste está siendo librada contra las prioridades fundamentales del Evangelio. Y aún más. Nuestra capacidad de buscar una verdad más alta es debilitada por la constante participación en asuntos sin importancia. Si permaneces usando un cincel para abrir latas de pintura, su borde finamente pulido se embotará y se volverá inútil para su uso específico. Así también sucede con nuestras mentes.

Como el célebre dicho de San Bernardo: “Ir tras la frivolidad suma desprecio por la verdad, y el desprecio por la verdad causa ceguera”.<sup>xv</sup> Demasiada televisión degrada nuestras facultades mentales y espirituales.<sup>xvi</sup> Sumemos las horas que pasamos cada semana con la radio, la televisión, internet, y las redes sociales. Comparémoslas con las horas que pasamos semanalmente en la *lectio divina*. No debería sernos muy difícil calcular cuál de estas fuentes de formación tiene mayor influencia en nuestro pensamiento y, eventualmente, en nuestra manera de comportarnos.

No actuamos a menos que estemos motivados. Como somos animales racionales, estamos mejor motivados por el razonamiento y, por lo tanto, por los deseos razonables. Para volvernos extraños al mundo por nuestras acciones (Regla de San Benito, 4:20) necesitamos tener una visión del mundo basada en el Evangelio. No podemos desarrollar una visión del mundo basada en el Evangelio a menos que permitamos al texto del Evangelio entrar a nuestra situación presente e interactuar con ella. Esto significa darnos un tiempo habitual para la *lectio divina*.<sup>xvii</sup>

Lo habitual de esta lectura será obviamente diferente, para el monje en su claustro y para la persona laica que vive y trabaja en un ambiente secular. Tal vez menos diferente que lo que la imaginación romántica pueda creer, desde que los monjes también pueden fácilmente convertirse en rastreadores “preocupados y perturbados por muchas cosas”. Sin embargo, el hecho es que el oblato benedictino, aunque beneficiado por la formación recibida a través de los contactos monásticos, debe encontrar una forma de construir la *lectio divina* en su vida, de acuerdo a las particularidades de las diferentes circunstancias.

Esta necesidad es compensada por una ventaja potencial. La situación de vida del oblato o la oblata provee un contexto distintivo que da color a la interpretación.

Quienes no son monásticos, necesariamente leen en el contexto de su familia, su trabajo, su participación social, económica, política e intelectual. De acuerdo a eso, el mensaje que reciben de las Escrituras está condicionado por la situación única de cada cual. La Palabra les habla y los envía a proclamar la Buena Noticia dondequiera que estén y cualesquiera sean sus circunstancias. Exactamente como lo hace con quienes son monásticos. Nadie puede saber de antemano cuál será el mensaje. Los lectores deberán escuchar con el oído del corazón en el contexto de sus experiencias diversas. El mensaje, del mismo modo, será dirigido a ellos no solamente como personas y como creyentes, sino como partícipes de la misión profética de la Iglesia, llamados a proclamar en cada rincón de sus vidas la Buena Noticia de la salvación, a veces empleando palabras – como señaló San Francisco.

Así podemos decir que es más evidente en las vidas de quienes participan de asuntos temporales que en la de aquellos que se retiraron de la sociedad, que la *lectio divina* sirve a un propósito profético. Una persona sale de la lectura con más activo celo por el Reino de “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom. 14:17). La *lectio divina* no solamente **informa**; busca **reformar** para **configurarnos** en Cristo. Te envía como una presencia de Cristo a tu hogar, a tu lugar de trabajo, al mundo. La palabra es hablada, recibida, internalizada y luego externalizada en nuevas palabras sacadas de tu propia particular experiencia, y en acciones inspiradas surgidas de tu propia situación. Este proceso es uno de los medios en que Dios trabaja de manera que “todos puedan ser salvados y lleguen al conocimiento de la verdad” (I Tim. 2:4). Al comprometernos con la *lectio divina* estamos también comprometiéndonos con este emprendimiento mayor. Nosotros, que vivimos en el mundo, escuchando la Palabra de Dios estamos preparados para proclamar la Palabra de Dios al mundo. Pero nadie da lo que no tiene: *nemo dat quod non habet*.

Me gustaría concluir recordándoles algunos versículos del Salmo 85: cuando recibimos la Palabra de Dios estamos iniciando un proceso por el cual la justicia y la paz son llevadas a su plenitud en la tierra.

Escucharé lo que el Señor tiene que decir,  
una voz que habla de paz, paz para el pueblo de Dios y para sus amigos,  
y para aquellos que vuelven a él sus corazones.

La salvación está cerca de quienes temen al Señor,  
y su gloria habitará en nuestra tierra.

La misericordia y la fidelidad se encuentran,  
la justicia y la paz se abrazan.  
La fidelidad brotará de la tierra  
y la justicia se asomará desde el cielo.

El Señor nos dará prosperidad  
y nuestra tierra dará su fruto.  
La justicia marchará ante la faz de Dios,

y la paz seguirá sus pasos.

La Palabra se hizo carne. La Palabra se hizo texto, de manera que quienes reciben la Palabra llegarán a ser hacedores de misericordia, fidelidad, justicia y paz, así que, por fin, todos puedan ser salvados y lleguen a conocer la verdad.

---

<sup>i</sup> Ver de Michael Casey, "The abbreviated Word" en *Sacred Reading: the ancient art of Lectio Divina*. (Triumph books, 1996, pp. 43-47).

<sup>ii</sup> Carta 120,10; citada por Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 16. Ver M. Casey, "From the silence of God to the God of silence: the experience of progress in *Lectio Divina*". *Tjurunga* 43 (1992), p. 5. "Hay algo misterioso o aún sacramental en la lectura de las Escrituras por parte de un creyente. No es solamente buscar alimento en un libro piadoso para informarse, motivarse o darse ánimos. Un encuentro lleno de fe con las Escrituras es un momento de gran verdad y puede resultar en una iluminación para la mente y el corazón del creyente. El Espíritu Santo es tan activo hoy al leer las Escrituras como cuando fueron escritas en el pasado".

<sup>iii</sup> Ver de Guigo el cartujo, *Scala Claustalium* 2-7; SChr 163 (Oarís, Cerf, 1980) pp.82-96.

<sup>iv</sup> Así, Benedicto XVI en *Verbum Domini* 38. La Comisión Bíblica Pontificia, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993), 2ª parte, El sentido de la Escritura inspirada, Subsección 1. El sentido espiritual y Subsección 2. El sentido pleno. "Podemos definir el sentido espiritual, como es entendido por la fe cristiana, como el sentido expresado por los textos bíblicos cuando son leídos, bajo la influencia del Espíritu Santo, en el contexto del misterio pascual de Cristo y de la nueva vida que fluye de él."

<sup>v</sup> Ver de M. Casey, "Levels of meaning" en *Sacred Reading*, pp. 51-76.

<sup>vi</sup> Así, Bernardo de Claraval, *Sobre el Cantar de los cantares*, 3:1; Elredo de Rievaulx, *Sermón* 51:6.

<sup>vii</sup> Esta hermenéutica es compatible con la que enuncia Hans Georg Gadamer en *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica* (Ediciones Sígueme, Salamanca 1991). Ver también, M. Casey, "The book of experience: the western art of the Lectio Divina" in *Tjurunga* 81 (2011) pp. 35-58; "Integrity in interpretation: listening for the authentic voice of Saint Benedict", *New Nortia Studies* 20, (2012), pp. 51-58.

<sup>viii</sup> "Y me parece que estas palabras (de los Salmos) llegan a ser como un espejo a una persona que las canta, así se puede percibir a sí mismo y a las emociones de su alma, y así afectado puede cantarlas. En verdad, quien oye a quien lee recibe la canción que es recitada como refiriéndose a sí mismo, y por lo tanto, él es condenado por su conciencia, y siendo traspasado por ella se arrepentirá, o escuchando la esperanza que reside en Dios y en el socorro disponible para los creyentes – cómo esta clase de gracia existe para él – se regocija y comienza a dar gracias a Dios... Y así, en su totalidad, cada salmo es al mismo tiempo hablado y compuesto por el Espíritu de modo que en estas mismas palabras, como se dijo antes, la agitación de nuestra alma pueda ser comprendida, y todas ellas dichas como para nosotros, como recuerdo de nuestras emociones y disciplinando nuestra vida". *Letter to Marcellinus*, 12, traducida por Robert C. Gregg en *The classics of Western spirituality series*. (New York: Paulist Press, 1980) p. 111.

<sup>ix</sup> Ver la sección "Actualización" en *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993), sección IV A.

<sup>x</sup> "La apertura al otro, entonces, incluye el reconocimiento de que debo aceptar algunas cosas que están contra mí mismo, aún cuando no haya nadie más que pida esto de mí. Esto es el paralelo de la experiencia hermenéutica. Yo debo permitir la validez del reclamo hecho tradicionalmente, no

---

simplemente en el sentido de reconocer el pasado en su otredad, sino de tal manera que tiene que decirme algo. Esto también llama a una fundamental manera de apertura". Gadamer, *Verdad y método*.

<sup>xi</sup> "El despliegue de la totalidad del sentido hacia el cual se dirige el entendimiento, nos fuerza a hacer conjeturas y a dejarlas. La auto cancelación de la interpretación hace posible que la cosa en sí (el sentido del texto) se afirme a sí mismo". Gadamer, *Verdad y método*.

<sup>xii</sup> Adán de Perseignes cambia los cuatro componentes de la *lectio* integral, de la *contemplatio* de Guigo a la tarea más práctica de las buenas obras. "Primero está la atención a la lectura sagrada, segundo, el celo por la sagrada meditación, tercero, la urgencia por una oración devota y cuarto, el afán religioso expresado en la vida". Ep 30, PL 211, col. 694<sup>a</sup>.

<sup>xiii</sup> Como ha sido relatado por Kevin Rudd, durante la entrevista con el Primer Ministro australiano, en *Late night live* (6 de noviembre 2012): [www.abc.net.au/rnu](http://www.abc.net.au/rnu)

<sup>xiv</sup> Nicholas Carr, *The shallows: what the Internet is doing to your brains*. (New York: W.W. Norton & Co., 2010, p. 117.

<sup>xv</sup> Bernardo de Claraval, Carta 18, 1, SBOp 7, p. 67.

<sup>xvi</sup> Ver M. Casey, "Escape from meaning", en *Strangers in the city: reflections on the beliefs and values of the Rule of Saint Benedict* (Brewster MA: Paraclete Press, 2005, pp. 38-44.

<sup>xvii</sup> Sobre esto, ver M. Casey, *Sacred Reading*, pp. 20-26, y "A horas definidas, debemos hacer espacio para lecturas definidas. Porque la lectura al azar y variada, como encontrada por casualidad, no es constructiva, sino que vuelve a la mente inestable, ya que entra levemente a la conciencia y levemente se va. Más bien, deja permanecer a la mente con libros de buena calidad así te acostumbras a ellos". Guillermo de Saint-Thierry, *Carta de oro*, 120.

Traducción: Marina Müller. WCCM Argentina